

Yayo Herrero

Educar para la sostenibilidad de la vida

Una mirada
ecofeminista a la educación

Yayo Herrero

Educar para la sostenibilidad de la vida

Una mirada ecofeminista a la
educación

Octaedro 

Colección Horizontes Educación

Título: *Educación para la sostenibilidad de la vida. Una mirada ecofeminista a la educación*

Asesor editorial: Jaume Carbonell Sebarroja

Primera edición: noviembre de 2022

© Yayo Herrero López

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5, pral. - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com - www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN (papel): 978-84-19312-73-0

ISBN (epub): 978-84-19312-74-7

Realización y producción: Ediciones Octaedro

*A la Comisión de Educación de Ecologistas en Acción de
Madrid.*

*Por estos casi veinticinco años de aprendizaje y
compromiso compartidos.*

*Por ser, en fondo y forma, lo que sueño que sea la
educación.*

Sumario

Introducción

1. Ecofeminismos: repensar el mundo en torno a la sostenibilidad de la vida

2. La guerra contra la vida

3. Criticar nuestra propia cultura

4. Educar para la sostenibilidad de la vida

5. Herramientas para ponernos en marcha

A modo de cierre

Bibliografía

Índice

Introducción

Todos los seres vivos necesitan aprender a vivir. Los orangutanes, las gallinas, los delfines, las plantas o las bacterias necesitan aprender a alimentarse, a huir, a aparearse, a colaborar..., incluso precisan aprender a morir. Aprender a lo largo de la existencia permite la supervivencia del individuo y del grupo social al que pertenece.

Los seres humanos no somos una excepción. Nacemos en un estado de extrema vulnerabilidad, podríamos decir que a medio hacer. Llegamos al mundo crudos,¹ frágiles, indefensos y necesitados de cuidados. Desde que nacemos hasta que morimos,² tenemos que aprender todo lo necesario para que nuestras vidas perduren.

Las personas, organizadas en sociedades, siempre hemos intentado transmitir a las generaciones siguientes las formas de satisfacer las necesidades de comunicarse, de relacionarse o de representar el mundo, que sirven para vivir en un tiempo y lugar determinados. Al proceso que permite la transmisión del conocimiento y el aprendizaje le llamamos «educación».

A medida que las sociedades humanas se han vuelto más complejas, han organizado la educación más ordenada y selectivamente, controlando sus contenidos y sus objetivos.

Este intento consciente de transmitir y reproducir lo que una cultura considera valioso se llama hoy «educación formal» y, aunque todo educa, la principal institución que se ocupa de ella es la escuela. La escuela contribuye a la formación integral de las personas, a la construcción de una cultura compartida que facilite la organización de la vida en común. La escuela prepara para la participación en la sociedad y para la incorporación al mundo adulto.

Educación supone, en cierto modo, «guiar el destino de una comunidad y de cada uno de sus miembros».³ En la cultura occidental, el sentido político de la educación nació vinculado al propósito ilustrado de construir sujetos emancipados, o, al menos, con las herramientas suficientes para emanciparse. Es el lugar de la emancipación y, a la vez, el espacio de control social y reproducción.

La educación tiene un enorme poder. Puede abrir rumbos, iluminar lo invisible, combatir opresiones y desvelar rutas no previstas. Puede aplastar deseos, particularidades, posibilidades de vida y formas de saber y amar. Libera y somete.⁴ Cualquier pedagogía emancipadora entra en esa contradicción. Al ser los tiempos y la historia cambiantes, la educación también lo es, y se convierte en un espacio en permanente disputa y conflicto. Tal y como señala Marina Garcés, «el aprendizaje nos inscribe en el mundo y, a la vez, hace que lo desbordemos, que lo contestemos, que deseemos transformarlo».⁵

Hoy, los seres humanos atravesamos una situación de encrucijada.⁶ Una situación de emergencia planetaria en la que está en juego la supervivencia en condiciones dignas de la mayoría. El cambio climático, la superación de los límites biofísicos del planeta, el empobrecimiento y la profundización de las desigualdades, las migraciones forzadas, las violencias de diversa índole, las guerras, la vulneración de los derechos...

Las diversas manifestaciones de esta crisis global están interconectadas y tienen raíces comunes. Apuntan a un choque frontal entre la forma en la que se ha constituido nuestra civilización y aquello que permite que la vida se pueda seguir sosteniendo. La literatura procedente de diferentes ámbitos de conocimiento (ecología, sociología, economía, filosofía, geografía, historia y, por supuesto, la educación ambiental) ha venido planteando, desde hace décadas, los riesgos potencialmente catastróficos en los que estábamos incurriendo. Se mire donde se mire, son cada vez más evidentes los signos de que las cosas no van bien. Sin embargo, a pesar de la magnitud del problema y de los malestares que se han generado, sus causas y sus vías de salida han pasado -y aún pasan- social y políticamente inadvertidas.

La cultura occidental tiene un enorme problema: cree que progresa mientras se destruye a sí misma. Mira la naturaleza como si estuviese fuera y por encima de ella. No quiere encargarse de la vulnerabilidad de cada vida humana e invisibiliza las necesidades, las relaciones y los trabajos necesarios para reproducir y sostener cotidianamente la vida.

Ha confiado la búsqueda del bienestar a un modelo económico que utiliza naturaleza y vida humana y no humana como si fueran meros recursos, y los digiere produciendo dinero y excretando residuos que envenenan la tierra, el aire, el agua y la vida.

Urge un cambio de rumbo. Solo desde la consciencia de que hay que sostener la vida es posible recomponer los metabolismos económicos y reorientar la política de modo que la prioridad sea la supervivencia y el bienestar en condiciones dignas de todos los seres humanos y el respeto y cuidado a todas las formas de vida.

Este cambio es, obviamente, estructural. Obliga a transformar los modelos productivos, poniendo en el centro la satisfacción de las necesidades humanas, las de todas las personas, y produciendo lo necesario para satisfacerlas. Esta transformación está plagada de conflictos. Cuestiona privilegios y desigualdades, trastoca prioridades y exige derrumbar creencias y mitos que apuntalan una cultura de autodestrucción. La clave es hacerlo situando el cuidado de las vidas y la corresponsabilidad en su mantenimiento como principios organizadores de la política. Necesitamos estimular con urgencia una imaginación fecunda que permita alumbrar horizontes viables y deseables, que ayuden a repensar y reconducir la forma actual de vivir en común hacia otra en la que quepan todas las vidas.

La educación no es ajena a estas tensiones y fracturas. Lo que se estudia y el modo de hacerlo es también un campo de batalla. Educar a las personas para legitimar el modelo actual, luchar por posicionarse en él de la forma más ventajosa posible, resignarse y autoculparse –o culpar a otros– del fracaso individual. O educar para que las personas comprendan los grandes desafíos que ya tenemos delante y adquieran valores, habilidades y conocimientos que les permitan organizarse para afrontarlos.

Si el objetivo de la educación es aprender aquello que permite aumentar las posibilidades de supervivencia en buenas condiciones, es preciso preguntarse constantemente en qué y para qué mundo educan las escuelas. Tal y como invita a reflexionar Neil Postman, es preciso plantearse una finalidad para la educación si no queremos asistir al fin de la misma.⁷

¿Aprendemos cosas que van en contra de nuestra propia supervivencia? Puede que, en contra de sus propios propósitos, la educación se haya convertido en una estrategia inadaptativa,⁸ en un problema. Si no se

vislumbra ninguna posibilidad de transformación, el presente es incomprensible y el futuro es oscuro; «la educación se vuelve distópica».⁹

No es la escuela la que debe y puede resolver los problemas estructurales. Muchas veces, la escuela es la única solución que se imagina para una gran cantidad de desafíos y problemas¹⁰ y, con frecuencia, la escuela acaba siendo el pretexto para que la política, la economía o la sociedad se desentiendan y no se responsabilicen de las transformaciones políticas y económicas que es preciso acometer con urgencia. «Esto se resolverá cuando lleguen las nuevas generaciones que se están educando con otros valores y conocimientos». No es así. Endilgar los conflictos a las generaciones futuras no resuelve los problemas, y depositar solo en la educación las esperanzas fallidas de igualdad social y sostenibilidad es puro pensamiento mágico o, directamente, cinismo. Pero es obvio que son necesarios procesos educativos en todos los ámbitos de la sociedad que faciliten la adquisición de saberes que permitan cambiar un rumbo que dirige al colapso.

¿Son conscientes nuestros sistemas educativos del momento histórico que atravesamos? ¿Saben que la vida humana y la no humana está amenazada? ¿Preparan para comprender el contexto en el que se desenvuelve y se va a desenvolver la vida de quienes hoy se educan en las escuelas? ¿Ayudan a prefigurar un futuro viable, justo y deseable? ¿Capacitan para el diálogo, la búsqueda de consensos, el abordaje de los conflictos y la posibilidad de transformación? ¿O, simplemente, reproducen conocimientos, creencias y valores que están en el origen de la crisis de civilización?

Salvando esfuerzos valiosos de muchas personas y equipos docentes, creemos que los contextos educativos están divorciados de los reales; que, en la mayor parte de

ellos, la educación no cumple la función de formar personas y sociedades capaces de vivir con dignidad, igualdad, esperanza y alegría en un planeta cuyos límites han sido sobrepasados y en el que los equilibrios naturales ya no van a funcionar como lo hicieron en los últimos milenios. Existe un abismo entre los problemas sociales, económicos, ecológicos y políticos que hay que encarar y la mayor parte de lo que se estudia en las escuelas. Tenemos la preocupación fundada de que lo que se aprende no prepara para un futuro mejor.

Dewey anticipó la necesaria vinculación de la escuela con el entorno, la hibridación entre la práctica en los centros educativos y el modelo de educación expandida, al sostener que «la educación asistemática y extraescolar, que el niño adquiere en la familia, en la calle o en otras instancias socializadoras del entorno inmediato, es más vital, profunda y real; y que la educación formal o escolar es más abstracta y superficial, menos influyente, pero también más amplia, completa y segura».¹¹ Una educación que sitúe el propósito de alcanzar una vida buena en el centro de la reflexión y de la experiencia podría permitir establecer vínculos con el territorio próximo y con la comunidad. Permitiría imaginar, construir y experimentar alternativas. Una educación enfocada a la comprensión y resolución de los problemas sociales, económicos y ecológicos podría desempeñar un papel fundamental en el cambio de paradigma civilizatorio, que cada vez es más perentorio.

Existe una corriente de pensamiento y, a la vez movimiento social, que puede proporcionar elementos de análisis y de praxis para reorientar la vida en común. Es el ecofeminismo. Un conocimiento y práctica que intenta comprender el momento que vivimos y proyecta el presente y el futuro, priorizando rotundamente la sostenibilidad de

todas las formas de vida; que estimula la adquisición de saberes y capacidades que deberían ser extendidas y asumidas por el conjunto de las personas e instituciones públicas y privadas-entre ellas, especialmente las educativas- para tratar de evitar el más que previsible colapso ecológico y social, si no cambia el rumbo de la historia.

Las miradas ecofeministas pretenden aterrizar en la tierra y en las condiciones materiales y culturales de la existencia humana. Se implican en la recuperación de una identidad «terrácola», es decir, en la toma de consciencia de la pertenencia de los seres humanos a la trama de la vida y la inevitable articulación de las personas en comunidades sin las cuales no pueden vivir.

Los ecofeminismos pretenden revertir una cultura de la dominación y la violencia que ha terminado desencadenando una verdadera guerra contra todo aquello de lo que, paradójicamente, dependemos como especie.

Queremos hacer una propuesta educativa desde las perspectivas ecofeministas. Será una propuesta que formule preguntas incómodas a quienes estudian y a quienes enseñan. Es una propuesta que se nutre de los saberes de las mujeres que mayoritariamente mantienen las vidas en sistemas que, sin embargo, las atacan; de otras culturas, cuyos conocimientos no han sido considerados como tales, pero que, sin embargo, han sido capaces de vivir en sus territorios sin destruirlos. Es una propuesta basada en el diálogo de saberes, la construcción colectiva y la transdisciplinariedad. Una propuesta que no se esconde detrás de la falsa neutralidad, que denuncia, señala y propone; que tiene la voluntad de establecer vínculos afectivos con la tierra y con la gente, con el conocimiento y el aprendizaje.

Revisaremos, en primer lugar, qué es el ecofeminismo, o, mejor dicho, los ecofeminismos, y, en especial, el enfoque de la sostenibilidad de la vida como marco para repensar la vida en común y la educación. En segundo lugar, miraremos la realidad cara a cara. Sin edulcorarla ni eludirla, porque los saberes necesarios para el futuro deben hacerse cargo de la situación que tenemos en el presente. En tercer lugar, exploraremos los mitos y creencias que han conducido a destruir las bases que permiten la existencia y que han denominado «progreso» a ese deterioro. En cuarto lugar, intentaremos proyectar las bases que permitirían caminar hacia una cultura de la sostenibilidad de la vida. En quinto lugar, trataremos de establecer bases pedagógicas que permitan educar en esta dirección, y terminaremos proponiendo los ejes curriculares de una educación que ponga la vida en el centro.

Esta es una propuesta colectiva que bebe de muchas fuentes y está directamente conectada con mi propia biografía. El acompañamiento durante muchos años de María Novo, mi maestra; los encuentros, físicos y en los libros, con la brillante y siempre generosa Alicia Puleo; los aprendizajes de la economía feminista, en especial de Cristina Carrasco y Amaia Pérez Orozco, y los análisis y prácticas de las miradas decoloniales; las lecturas sobre educación, economía, historia, feminismos, filosofía de la ciencia, urbanismo, ingeniería, ecología, arte... También he aprendido en el ámbito profesional, en las diferentes instituciones en las que he trabajado; tengo que agradecer a Fuhem¹² y sus profesionales, y a Garúa, lugar en el que trabajo con amigos y amigas y donde he podido, por primera vez, convertir el trabajo y el resto de la vida en algo integral.

Pero, sobre todo, he aprendido de la práctica activista y de los movimientos sociales. Este trabajo, como muchos otros de los que he realizado, ha sido posible gracias a los procesos de construcción colectiva que se han dado en la Comisión de Educación de Ecologistas en Acción de Madrid, el lugar en el que, sin duda, con más rigor, mejor y más a gusto he aprendido.

Quiero también agradecer los comentarios valiosos y muy pertinentes que he tenido la suerte de recibir de Helena Pariente y Jaume Carbonell.

Por todo ello, el libro utiliza en muchos momentos la tercera persona del plural, porque lo que contiene es fruto del trabajo de muchas personas y, aunque los errores que contenga serán míos, los aciertos son colectivos y compartidos.

Notas

1. Alba Rico (2017, p. 75).

2. Martínez (2020, p. 14).

3. Garcés (2020, p. 23).

4. Garcés (2020, p. 23).

5. Garcés (2020, p. 15).

6. Prats, Herrero y Torrego (2016).

7. Postman (1999).

8. Assadourian (2017, p. 29).

9. Martínez (2020, p. 19).

10. Rendueles (2020, p. 274).

11. Carbonell (2020).

12. Fuhem es el acrónimo que identifica a la Fundación Hogar del Empleado, una fundación con más de medio siglo de historia, que se ocupa de la sostenibilidad, la democracia y la cohesión social a través de la actividad educativa y la investigación y divulgación sobre temas ecosociales. Su seña de identidad es el diálogo entre la educación y la problemática ecosocial. Para conocer más sobre ella, puede consultarse www.fuhem.es.

1. Ecofeminismos: repensar el mundo en torno a la sostenibilidad de la vida

Lo primero que se le pasa a mucha gente por la cabeza cuando se menciona el término *ecofeminismo* es la pregunta: pero... ¿qué tendrá que ver el feminismo con la ecología?

Sin embargo, al pensar las relaciones entre el deterioro ecológico y la vida de las mujeres, se nos aparecen casi inmediatamente diversas conexiones evidentes. La contaminación química daña particularmente el cuerpo de las mujeres, que acumula sustancias tóxicas en mayor medida que el de los hombres.¹³ Endometriosis, cánceres de diverso tipo, alteraciones hormonales por la exposición a productos fitosanitarios; o disruptores endocrinos contenidos en alimentos, productos fitosanitarios, pinturas, productos de limpieza, cremas y productos cosméticos, etc. Los cuerpos de las mujeres enferman más a causa de la exposición a los químicos.

Sabemos que el cambio climático o la deforestación dificultan la búsqueda de agua y leña y el mantenimiento de la agricultura de subsistencia; responsabilidades que recaen mayoritariamente sobre las mujeres en todo el

mundo. El extractivismo¹⁴ en los países empobrecidos desmorona la vida de las comunidades y provoca la inseguridad y violencia contra las mujeres.¹⁵ Incluso simbólicamente existen esas relaciones: el lenguaje sexista naturaliza y animaliza a las mujeres para rebajarlas, y feminiza la naturaleza, a la que se describe como una madre explotable y sacrificada.¹⁶

Con ser cuestiones importantes, sin embargo, realizaríamos una revisión simplificadora si redujésemos los ecofeminismos a una mera revisión de las problemáticas ambientales desde la perspectiva de género. El ecofeminismo es una corriente de pensamiento y un movimiento social que explora los encuentros y posibles sinergias entre ecologismo y feminismo. A partir de este diálogo, pretende compartir y potenciar la riqueza conceptual y política de ambos movimientos, de modo que el análisis de los problemas que cada uno de los movimientos afronta por separado gana en profundidad, complejidad y claridad. No se trata de un simple híbrido de feminismo y ecología, de una suma de temas, sino de un enfoque que desvela, a partir del diálogo, aspectos inéditos para ambos movimientos.¹⁷

Bajo este paraguas se recoge una gran variedad de pensadoras y activistas de procedencias diversas que han puesto en diálogo diferentes perspectivas del ecologismo y el feminismo en contextos y situaciones distintos. Si pensamos en el ecofeminismo como el encuentro y el diálogo entre las problemáticas ecologistas y feministas, las formas de comprensión, análisis y práctica se vuelven tremendamente complejas; por tanto, es imposible hablar en singular. No es fácil establecer una genealogía o una etiqueta que pueda englobar toda esa diversidad. Nos hallamos más bien ante de los ecofeminismos.